



por pequeños productores que veían cómo el dinero que recibían por sus cosechas más lo que les correspondía del racionamiento no alcanzaba para vivir.

Así pues, esquivando a las autoridades los agricultores se aventuraban hasta los molinos más apartados donde molían para su consumo particular y pagaban con la maquila. Por su parte, el molinero corría el riesgo de que le clausuraran el molino y se exponía a sanciones que podían llegar a ¡10.000 pesetas!.

Esta situación se prolongó hasta el final del racionamiento, decretado en junio de 1952. El cambio en la política económica mejoró los precios de tasa e impulsó el desarrollo del campo y supuso el declinar de los molinos maquileros.

El paso a la fábrica

Molina contaba con una fábrica de harinas desde los años veinte. En 1930 se inauguró otra sobre un antiguo molino en Las Guijarrillas, que estuvo en funcionamiento hasta 1980 y donde trabajó Jaime Sanz Segura durante más de 25 años.

El trabajo de un molino era un proceso más complejo que el de los molinos tradicionales y el grano era sometido a una exhaustiva limpieza y acondicionado antes de la molienda, para mejorar la calidad del producto final. Había turnos de trabajo para cubrir las 24 horas y la producción diaria oscilaba entre 10 y 15 toneladas.

Utilizaba como fuente de energía la electricidad que generaba una turbina movida por un salto de agua de unos tres metros. De hecho, era muy común aprovechar los saltos de los molinos para producir electricidad, ya fuera de forma exclusiva, como en el molino de la Cruz, que alimentaba la antigua fábrica de chocolates, o como un servicio más: por el día molían y por la noche daban luz a pequeños núcleos de población.

El trigo llegaba a la fábrica en carros o camiones y se vaciaba en un depósito que había en la parte baja desde donde "una especie de noria con unos cangilones cogía el grano y



Edificio de la fábrica de las Guijarrillas



El molín, el molinero y la molinera

El papel central de la molienda en la alimentación y la presencia del molino en nuestra cultura desde hace siglos explican su arraigo en la cultura popular, aunque no es difícil encontrar ejemplos que trascienden este ámbito.

Son muchas las canciones y coplillas que hacen referencia a los molinos y su actividad, pero también hay obras de más calado que tienen como protagonistas a los molineros o las molineras, como *El Sombrero de Tres Picos*, escrita en 1874 por Pedro Antonio de Alarcón a partir del cuento popular en verso *El Corregidor y la Molinera*, sobre el que más tarde Manuel de Falla compuso su ballet del mismo título.

Otro ejemplo lo encontramos en la zarzuela del compositor aragonés Pablo Luna (1879-1942) *La pícaro molinero*, llevada al cine en 1954 por Leon Klimowsky con Carmen Sevilla en el papel protagonista.

Uno de los aspectos recurrentes en las canciones populares en las que aparecen los molinos es la condición de adinerado del molinero o, al menos, de persona que vive desahogada, característica que aparece mezclada con una pésima reputación a la hora de cobrar por su trabajo. Así puede verse en la canción castellana que dice: "La molinera gasta corbata / y el molinero corbatín; / ¿de dónde sale tanto lujo / si no sale del molín?". O en la más explícita: "Gasta la molinera ricos corales / con la harina que roba de los costales".

El sistema de maquila se prestaba a la picaresca y eran muchos los que, con fundamento o sin él, se consideraban sisados por el molinero, aspecto recogido por el refranero en este irónico "Bendígotte saco, tres maquilas te saco; bendígotte otra vez, te saco otras tres".